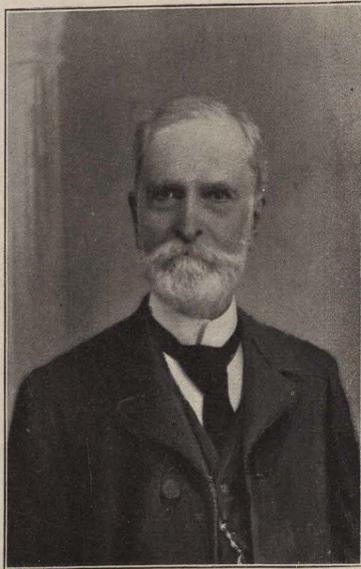


JACINTO Y. CAAMAÑO

(REPÚBLICA DEL ECUADOR)

A fines del siglo pasado el almirante don Jacinto Caamaño, natural de Cádiz y caballero de las órdenes de Santiago y Calatrava, fué al Pacífico comandando una escuadra española de la que formaban parte las fragatas de 60 cañones «Princesa» y «Aranzazu»; esta última con la insignia del almirante. Después de recorrer con sus buques este marino notable la costa mejicana, haciendo estudios geográficos por orden del Rey de España, llegó á Guayaquil, en donde conoció á la que más tarde fué su esposa, doña Francisca Arteta y Santistevan; pidió su retiro de la real armada y se estableció en aquel puerto. De los hijos varones del antedicho matrimonio, el único sobreviviente es el menor de ellos, señor don Jacinto Y. Caamaño, acudado ecuatoriano y hombre público, cuyo retrato honra esta página.

Nació en Guayaquil en el año 1818; en 1849 salió de allí y se dedicó algunos años á viajar hasta que se radicó en Méjico, en donde contrajo matrimonio con la señorita Antonia Almada, de la que tuvo dos hijas, Dolores y Francisca.



Formó parte de las Convenciones de los años 1869 y 1883, y de los Congresos de 1890 y 1891, en Quito. Arrastrado á su pesar á la vida pública, en la que ha desempeñado brillante papel por su ilustración, talento y rectitud, ha procurado siempre que ha podido vivir separado de la política, tanto, que en 1883 rechazó la primera magistratura de la República que le fué propuesta por el partido conservador, que entonces dominaba en la Convención y en el país en general.

Posee una cuantiosa fortuna, de la que forma parte la hacienda «Tenguel», cuyas vistas fotográficas acompañamos á continuación para que se juzgue de su importancia; y considerada por los ecuatorianos como una de las mejores, sino la mejor de la República.

Caballero esencialmente honorable y filántropo, es uno de los rarísimos hombres que tiene la suerte de no tener enemigos, pues su carácter bondadoso, suaves maneras é intachable conducta le captan el respeto y simpatía de sus conciudadanos.

¡TODO... POR MIS HIJOS!

AQUELLAS densas nubes que habían emborronado el azul del cielo durante el día, empezaron á deshacerse á la hora del crepúsculo vespertino, comenzando su tarea con gotas tardías y pequeñas y aumentando paulatinamente hasta una lluvia finísima y continuada á medida que aquél nos iba envolviendo en las mil negruras que arrastran tras sí la mayoría de las noches de invierno.

En la buhardilla no había luz y Dolores, cogiendo á su hermanita en brazos, pretendía encontrarla á través de los empañados vidrios de una pequeña ventana... ¡ilusión vanal!... nada se veía, todo lo ocultaba el chaparrón...

Otras noches, en que su pobre madre también tardó, se colocaron en la ventana y, contemplando la larga calle, esperaron, esperaron mucho, olvidando así las horas, sin sufrir apenas, por aquello de que los que esperan viven felices.

Recordaba Dolores, tiernamente, que durante el estío que huyó, alguna que otra vez había visto llover como aquel día; pero en aquellos tiempos sentía el dulce placer que filtraba en su pecho la canción de sus vecinas, sus amigas más íntimas, las gondolinas que, cariñosas con ella, anidaban un poco más arriba de la ventana por donde se enseñoreó el sol entonces, y en aquellos instantes tan sólo dejaba penetrar por sus rendijas un frío muy grande.

Y como la madre no acababa nunca de llegar y la pequeña tenía necesidad de amamantarse, Dolores, la muercita de diez años, la mecia y cariñosa entonces una bonita canción, al compás de la música sorda que producía el choque de la lluvia contra los cristales.

En tanto la madre, aquella tarde

había recorrido las puertas de todas las iglesias y capillas; había pedido por el amor de Dios, á un sin fin de personas un poco de pan para sus hijitos del alma... y no lo había encontrado.

Flacucha, enfermiza, fijaba sus hundidos ojos en la oscurecida bóveda, rogando á Dios, á ese sér invisible, sublime y bondadoso... pero pronto se enternecía en el dolor que la realidad, generosa en pesares, le ofrecía.

A través de la niebla, creían sus ojos adivinar á aquellos pedazos de sus entrañas, tendidos en el suelo, extenuados por el hambre...

Cuando ese cuadro terrible se esfumaba en el espacio, un poco más allá, su vista forjaba otro cuadro, aún más terrible todavía...; veía un palacio en construcción y al pie de su fachada á Ramón, á su infortunado esposo que agonizaba bajo el peso de piedras y escombros de una pared derrumbada...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡¡ten piedad de mí!—repetía, apoyándose con la mano en las paredes de una estrecha y tortuosa calle de la vetusta ciudad.

El agua y la noche vinieron á sorprenderla, y, apretando el paso cuanto pudo, fué á cobijarse bajo el pórtico de la Catedral.

Pasaron varias personas. A todas pidió y ninguna se compadeció de ella, sin duda por no detener el paso.

¡La infortunada viuda iba á morir de dolor y de frío!

Más tarde pasó un hombre joven. No se preocupaba mucho de la lluvia é iba dando al viento canciones festivas... Fijóse en ella, y ella humilde, pidió una limosna.

Subió el joven los cuatro escalones que dan acceso á la Catedral y, una vez junto á ella, la dijo:

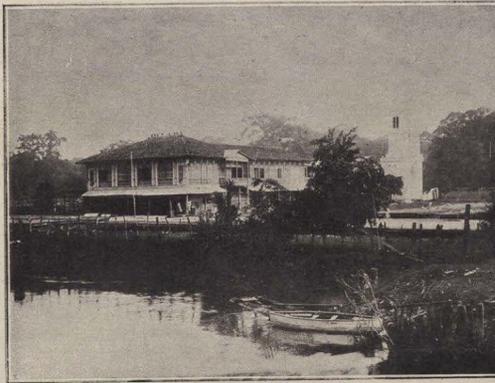
—Te la doy, á cambio de un beso, ¡hermosa!



HACIENDA TENGUEL (Guayaquil).
Camino carretero á través de huertas de cacao.



HACIENDA TENGUEL.
Camino carretero á través de huertas de cacao.



HACIENDA TENGUEL.
Casa principal de la «Hacienda Tenguel», inclusive tendales é iglesia.

—¡Veinte besos, señorito; que mis hijos se mueren!
En la calle imperaba la soledad. El joven acercó sus labios á los de aquella mujer, besándolos repetidas veces. Ella se estremeció, no tardando en llorar. El insensato puso en sus manos algunas monedas y marchó cantando canciones más alegres.

A la madre de Dolores ya no le atemorizaba el agua... corrió... compró pan...



HACIENDA TENGUEL.
Caserío del departamento Rioblanco.

El dinero que aquel hombre le había entregado no daba para más.

Llegó á su casa.
—¡Madre! ¡Madre mía! ¡cuánto has tardado!—dijo Dolores, rodeando con sus brazos el cuello de la viuda...
Esta contestó: —¡Traigo pan, hija mía! ¡come! ¡come!
Dolores comió. Su madre puso á la pequeña junto á su pecho, y no



HACIENDA TENGUEL.
Departamento de San Jacinto.

pudiendo resistir el hambre que la consumía, también ella llevóse el pan á la boca.

Dolores rompió el silencio, exclamando: —¡Qué bueno es! ¡qué blanco!—al tiempo que su madre decía, aunque en voz muy baja: —Ramón, Ramón, ¡qué pan tan amargo!

Después acercó los labios al oído de su hija. Iba á confesarle su debilidad. Por poca luz que hubiera habido en la buhardilla, Dolores hubiera visto á su madre sonrojada; pero no pudo verla y la viuda calló.

—¿Qué quieres, madre?
—Nada; que comas...— y continuó á los pocos momentos de esta manera. —Mañana, aunque tarde, no lloréis, ni sufráis, ¡yo procuraré que no os falte pan, ni tan sólo una noche...
—¿Te darán mucho, verdad?—preguntóle la niña con indecible candor.
—¡Mucho! ¡Oh, sí! ¡Cuanto yo quiera!

La infeliz mujer estaba resuelta; su hijita sentía en los preludios de su vida triste, un placer inmenso.

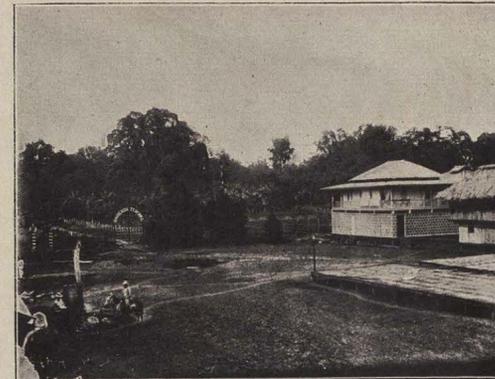


HACIENDA TENGUEL.
Potreros en terrenos altos de Santo Domingo, para engorde de ganado.

¡Cuánto mejor hubiera sido que Dios, uniendo á aquellos tres seres en un abrazo, infundiera en el alma de la madre un poco de valor, para que juntos se revolcaran por el suelo de aquella habitación oscura, pálidos, demacrados, sin alientos ni aún para lamentarse, hasta acabar sus extorsiones con el terrible bostezo de la muerte.

¡Hermoso remate para una tumba, donde la sociedad caritativa y bondadosa arrojará los cadáveres de sus infortunados!

JUAN VENTURA RODRIGUEZ



HACIENDA TENGUEL.
Una de las varias casas para empleados.

PALO DE CIEGO

Por la calle del Mundo pasaba un ciego, con un palito de oro á bulto hiriendo. Al que alcanzaba, todo se le volvía risas y danzas.

Caminaban los otros acongojados, exhalando suspiros, vertiendo llanto. ¡Ay, si no diere ese palo de ciego que llaman suertel!

JUAN TOMÁS SALVANY

BALDOMERO GALOFRE



CAMINO DE POMPEYA

Salón Parés.